

LLUVIA

Año I

Lima, diciembre de 1978

No. 2

Director: ESTEBAN QUIROZ CISNEROS

EN TANTO GOZOSO CROABA DE HARTAZGO
 —SAXO Y TROMBÓN— EL CORAZÓN DE LOS BATRACIOS;
 RABIOSO JUGLAR TE DICE:

La rabia del Apio y de la Res he conocido,
 los coñillos del Tomate he visto, las uñas
 del Coliflor y los mórdiscos del Culantro:
 Grandes y torvas bestias
 sulfurosas, famélicas eran
 por jugos y bofes
 e infundias de los hombres espantados,
 cómo se alzaron en torrentes, cataclísmicos, agresivos,
 cómo apocalípticos danzaron en verdes candelas
 y asesinos:

La lechuga ceremoniosa, la linfática Cebolla
 y el acorazado y soberbio, pero dulce Pacae;
 qué ceños, qué vinagres, qué aletas;
 ponzoñosos eran entonces los suaves, amadísimos,
 Jinetes guías cabalgando: Los Números
 fabulosos iban, pero reales, sobre los verdes
 melífluos reos;
 trizaban chispas los fuetes en puntas de acero
 espinas de oro, las espuelas, macaban drupas
 aguijonando hasta verter rocíos, ulzuras dulcísimas.

En tanto gozosos croaban de hartazgo
 —saxo y trombón— el corazón de los batracios.

La rabia del Boldo y las iras del Comino he conocido,
 la rabia del Garbanzo, la rabia de la Tuna, la rabia;
 fue así como en sueños
 alzó cruel feria, real pesadilla:

Furiosos torbellinos en rescoldo y espinos en candela
 —los frutos—, en ejércitos, con penachos de ortiga
 y hocicos de sajino, asolando

llegaban, rabiosos mordían
ciudades, fábricas, caseríos, y tras de ellos,
enloquecidos perros de presa en grato connubio iban
Hambre y Miseria celebrando ajorcas y oros al cuello,
cenando en vino y tronchas de puerco
con ajíes y coliflores en degüello.
Por eso sangrando huyó de sus zapatos el zapatero,
el carpintero, desollado, ahuuó, dejó sus cepillos,
aullando, huyendo la parturienta perdió su crío
y se hizo la picaflora, novia, virgen mujerzuela.
Deglutiéndolos, sorbiéndoles sesos, corazones
iban también, uñas y colmillos, detrás de ellos:
aaayy Incertidumbre, ay Suicidio, Sequía y Epidemia,
hasta descarnarlos —como a ojos y pelos de la cara
o la piel y nervio del hueso—:

De sus montesurcos, sus motehijos,
de sus chozaarados, sus cuculaalma
y sus gallosmontes y sus trigoencinta.
(Fingidora, hasta la luna entonces despiojóse paloma).

y no conocí, non, piruanos reinos conciliados,
sino laberintos de suspendidas telarañas
y oxidados frontispicios
y mustios recintos de panca, fragilísimos,
y atados a muy cerriles, jerárquicos alfileres;
y calles de hogueras entre ojos, liados;
y aromosas almas de tubérculo en retoño, ya secas;
y hiel, y un viento de rumores y esquirlas
y humeantes, agresivas espoletas, en cada
lágrima, en cada oreja
en cada nervio, a boquejarro, vociferantes,
en cada pronunciamiento de los perejiles hombres,
de los no sé qué pasa,
de los no sé quién soy y, qué puedo hacer, de los
nosotros, gallosquechuas y pobresimples hominiccacos,
hombres toriles, entre hormigas consanguíneas
y tíos gansos, sin saber qué hacer, qué no hacer
y a dónde ir cuando miramos y decimos:
Peso dioro y olimpo, el ajo,
y el imperdible y el limoncillo simple;

peso dioro el apio y, qué caracho,
el míralo todo nuestro y no sabemos,
y en verdá, chito, peso dioro este reino,
y el no tener un ripio, y niñá tamarindo
que nos cantase un ay, de pasacalle o pasillo.

Y entonces no conocí reinos sino la rabia
de la Albahaca y el desprecio del Malvavisco,
y era el camino del hombre
diluvio a su hueso atado y hervor de su nervio florido,
su tórax, su Arca en naufragio,
desplumado y sin alas,
ciego bagre sobre eléctrico alambre suspendido
en la espiral del vacío, que da al vacío, desde
sobre, bajo, hacia, oh cielos de estalactitas,
oh suplicios,
los mil espirales de los más oscuros laberintos;
oh reinos de los odios y naufragios necesarios;
nunca quisimos tus caminos del asombro
que miran claros paisajes sólo ahora desolados
y tan bellos reinos antaño florecidos
en cantores ríos de rabanitos
y siempre espléndidos, aromosos culantros,
y ahora sólo sequías crueles y diques siempre ahogados
y surcos como rajaduras en cráneo,
y lluviecitas que dan sólo pena; nunca
caminos del vacío al vacío.

Y era que el Ciruelo adquiría jerarquía,
immunidad de jurisconsulto, alto precio, y se hacía
redondo abismo, ciempiés hondo
y con su vacío devoraba ensoberbecido
en dulzuras de licor la inocencia de los niños.

Eran días de cataclismo y los polvos del pavor
intoxicaban los aires, azufrándolos, enloqueciendo
de añoranzas y polillados sueños,

olla y tenedor, el palo de ajo, el cerridor
y enloquecían larvados mascarones inútiles
como parras fosfóricas, fantasmas, los vanos ritos,
las vanas súplicas, tristísimas floreciendo
—lagartijas— en las agónicas lenguas,
resplandeciendo, ay penas,
ay oráculos en mosquerío, el rezo,
los ojos de yeso, el corazón en ofrenda,
los últimos ancianos de la tribu.

Así el mundo se hizo:

Fantasmas de fruto, y esposaban luego, Usura y Codicia;
y ya no era que los hombres merendaban Lúcumo, Níspero
—lo que es flor real—
sino era que los frutos cenaban carne humana
—porque fruto que no cenas, no pudiendo, te devora las entrañas—;
y lo mismo los hombres entre ellos
se devoraban; otra batalla
dentro la más grande de las batallas.

Y la sobrevivencia fue: Insomnio y Esperanza,
la rapia del andrajo ante fraganciosa gala;
y tuvo precio el probo
y fábula funesta, infertilidad;
incentivo, placer incestuoso; orfebrería, tahúr procaz;
opulencia, avaricia y navaja de plata, el mendigo;
legislación, el crimen; ministeriles loores, impericia;
y no de hierros fue la imprenta, sino
de osamenta y dulces tuétanos,
y no de hojas, libros, sino
de ojos fraternos y mudas lenguas;
pues no son libros los decretos, sus alquimias
ni huesos condecorados, las imprentas;
sólo malhaya de llovizna
de folios y mágicas cifras y demonias cábalas;
cópula de mosca y lagarto en connubio
fueron sus danzas, sus consejas más sabias
y macabros sus designios. Pues sí,
vindicación del oprobio fue sobrevivencia
y el ojo por ojo, loado, redívivo.

La rabia de los frutos divinos he conocido.
Los Números se hicieron formidables bestias
(¡las paranoias del hombre eran los altos precios!);
y los tribales frutos
Confederados, enormes,
firmes, eran los monigotes de los
que los rigen. Conjuntamente por fin,
a nosotros llegaron, fingiéndonos
lilios, laureles y gentilezas, con fablas dulces,
cuando era que con melindres de paloma
llegaban en pie de guerra.

Y ácidos y viperinos, como en áscuas de piltrafas,
implacables nos cayeron, e implacables
habrían de ser sus mudanzas, sus humanas cacerías,
sus cinismos.

Y también la pulga, el ácaro —ridículas cosas—
como ballenas inmensas crecían, crecían monstruosas
y así enormes, hasta la pulga, el ácaro batallaron
al hombre,
lo picaron humillándolo, cercándolo, criándolo:
pequeñito,
y cenaron de su alma, de su sangre,
y lo hicieron su esclavo
escupiéndole todas sus enfermedades.
Desde entonces hay quien ha visto
por tan tristísimas batallas,
díptero y ácaro: Choza el corazón,
choza la lengua, su mujer, su guitarra.

También la moneda —su pico— creció, aterradora
hízose luna de ruedas enormes:

Casa inmensa, rodante, cárcel de veinte pisos
y rodaba su esqueleto los veinte mil laberintos,
sus cien mil vacíos, sus reos, sus patíbulos,
con su peso de huevo descomunal

con su fuego de astro, arrasando niños, harapos,
fetos incendiados,
enloqueciendo libros, pizarras, tizas,
haciéndolos cenizas, dulcísimas flamas
con su zarpa, sus fauces de siete leguas,
de siete plagas, matemáticas,
de siete mofas, calculadas.

OOOh y se hicieron navajas las iras filosas de los hombres:
¿cómo la bestia —cuerpo de luna, pico de gallo—
rodaba sobre sus torres de acero y relámpago
espoleando ojos
picando lágrimas, dientes, párpados?
¿cómo hacía su ala de andrajo,
su espuela de resabio
para soltar, finísima, su turbión de piojos?
¿qué ciegas leyes maquinaban sus dinamos
su soberbia de ajos, capaz
de hacer del hombre, al prole, esclavo del alcalde
y al alcalde, dilecto, esclavo de otro hombre?

Ay moneda de todos los cuños, políglota madre,
emperatriz de papas y emperadores:
Si nos dejaras arañarte, siquiera;
moneda del átomo y el oro:
Si nos dejaras encadenarte, siquiera;
moneda, moneda del petróleo:
Patrona de elefantes y tigres de cieno;
henos aquí pues, florecientes, cielo y mundo;
henos aquí, sobrios, rabiando, buscando
maneras de morderte, atarte piojito al cuello:
Con ganas soberbias de enjaular tu inmundo y ornar
tus tigres, tus elefantes: Amapolitas de papel y engrudo.

Y en tanto:

El Arca, se hizo intriga y sangría en los mercados.
Saltaban los esqueletos de las reses

desde sus garfios,
todos descarnados, sin pellejos, azuzaban
calles, catedrales, barrios, abismos,
con sesos y bofes sueltos y huesos
y músculos desgajados, y enloquecidos
pisoteaban a los hombres, los mordían
y despedazaban con pezuñas y mordiscos,
los arrojaban por los aires
y de sus hambres se mofaban vengativos.

Tanta cólera,
tanta fiebre tenían
que en coágulos sus ojos
salpicaban
de sus órbitas,
y mordidas las lenguas
caían

de sus hocicos; y eso era
lo que los hombres cenaban, amargos, reunidos.
Las reses cenaban por muy jugosos pastos
los dedos del hombre, y no más aguas, sino
era que bebían sangre y los humanos sesos.

También supe de las iras del Tomate y la Alcachofa:
Fieras ponzoñosas, ahora,
mostraban caparachos de escarabajo
y alacranados agujoneros y pinzas de oro
y ostentaban como puñales,
cuernos de zumo y candela; caros
nos agujonaban los ojos, las lenguas
y dejaban impresos en nuestros rostros: muecas,
los ramalazos de la desesperación,
mil máscaras de insomnio y lloro.

Oh eran días inícuos donde todos los virus
alrededor del corazón
arremolinaban tempestuosas
alambradas de lloviznas de alfileres y hatos de huesos,
e infestaban con cánticos y hocicos de batracio

la sangre de nuestros tristes guerreros;
y, aunque laboriosas,
las más hermosas de nuestras mujeres
no engendraban jamás sus preciosos úteros:
Infértiles sucumbían, se secaban sin dicha,
sin mundo ante la vejez y sus delicados hilos;
y nos íbamos extinguiendo en sólo inútiles
leños, ancianos y sin fruto ante otros reinos;
pero el dolor engendrabá el amor, con celo,
con más celo, y el más fresco de sus himnos florecía
siempre, siempre como un trébol; en tanto
Miseria corroía la Esperanza
y la Parca sozaba
los nerviosos y húmedos huevos del terror.

Los Apios se hicieron rascacielos indevorables
e inasibles hogueras los mínimos granitos de arroz:
Ostentaban alas de oro, élitros
y se hicieron coleópteros masticadores y volaban
lejos y más allá
del poliédrico, mágico sueño de los hombres;
y hasta las confitadas uvas tuvieron agujijentes
se hicieron pertrechadas avispas, furoros
y volaban, lanceteaban, mordían;
pues así lo deseaba, así era
el desdén maligno de sus implacables Regidores.
El hombre, al fin y al cabo, devoraba al hombre.

Los Cuyes crecieron como árboles
(el hombre, al fin y al cabo, devoraba al hombre),
se hicieron toros, pues tan altos eran
sus Precios; y eran pobres candelas,
tristes areniscas, pura cólera, Hambre y Deseo:
Gemían y aullaban
impotentes ante los frutos dulces y reales;
el mundo, al fin y al cabo, devoraba al hombre.
El fruto, al fin y al cabo, devoraba al hombre,
pues tal era el espíritu,

turbio y musgoso aguaje: Tal el Orden;
de los Legisladores, éstas sus pieles
erizadas, candentes: bajo sus rostros,
halagadoras voces,
oh ciervos, oh lebreles mansísimos,
se enroscaban hirvientes víboras,
polvorín de cinismos, todos los odios.

El hombre, al fin y al cabo, devoraba al hombre;
ay Grandes Jerarcas, ay Sabias Leyes, Ministeriales sabios
(bellos hacedores de heces ígneas, conciliábulos
y espinas de peces)
sus epónimos defecaderos no podrían evacuar
más oprobios: lo sé
lo digo y lo escribo,
rabioso juglar
pues la rabia de los frutos y de los hombres he conocido.

1

Sería mejor, mucho mejor
olvidar completamente
a la muchacha
que alguna vez pudo ser mi compañera.
Sería mejor, repito,
porque,
cada consigna que grito emocionado
es capturada por el viento de su nombre.

Ella no lee poesía;
pero en el barrio donde vive
se da el combate cotidiano
a la miseria,
es decir
la poesía del rencor y la esperanza.

8

Una vez estuve haciendo pintas
a las dos de la mañana
y no resistí la tentación
(infantil, pequeño burguesa, liberal)
de escribir nuestras iniciales
en un rinconcito
junto a la inscripción gigante
¡HUELGA GENERAL CONTRA LA DICTADURA!

Hoy, ayer y mañana, hoy, en este instante,
en el punto inmóvil donde todo y nada sucede,
para purificar el dialecto de la tribu
colocando cada palabra en su lugar,
habla la poesía, habla poco, cumpliendo
su obligación, y sin que nadie la invente,
esparza o desordene, evidencia el orden
y desorden de la vida, orden y desorden y furor.
Y para que la tribu quede contenta
usa palabras del lenguaje de hoy
pues las palabras del año pasado
pertenecen al lenguaje del año pasado
y las palabras del próximo año
esperan otra voz. Y en el punto inmóvil
donde todo y nada sucede,
esa voz es esta voz.

*...que el sol abrasa!***Nicolás Guillén**

**Candela
en la piel,
candela
en la loma,
candela
en la mar,
candela
en el son,
candela
en la Plaza,
candela
en la voz,
candela
en los ojos,
candela
en las manos,
candela
en la bala,
candela
en la candela,
candela
en las venas,
candela
en el cielo,
candela
en el bohío,
candela
en el amor,
candela
en la trinchera,
candela
en la victoria,
candela
siempre candela.**

La mano izquierda tensa, ¿ya? Ahora verás, en el dorso, entre el pulgar y el pinchíndice, un hueco, un huequito como un hoyo santo creado precisamente por Diosito lindo. El tequila blanco ya está servido en la copita larga (nunca he sabido por qué lo, la llaman *caballito*:

será tal vez porque a las cinco copas empieza uno a galopar por mar y cielo sobre la yegua *Siete Leguas*, porque sabrás que el caballo *Siete Leguas* no era caballo sino una yegua bien caliente, como La Valentina y la Adelita y alguna poetisa peruana exhibicionista). Bueno, pues en el hoyito (si lo tienes), el de la mano

izquierda tensa, en el dorso, pon un montoncito de sal, ¿ya pues, manito? Acerca la mano hacia tu ansiosa boca, como a la distancia de más o menos veinte centímetros: abre la boca, con la mano derecha golpea los dedos —tensos— de la mano izquierda: la sal—salta hacia la boca y el ritual empieza. Chupas un limón. Bebe.

Un *caballito* da cuatro a cinco tragos.

Pero si careces de hoyito —en el dorso de la mano izquierda—, entonces tómallo a la antigüita: exprime limón en la copa y ponle sal, y ya. Lástima que en Lima Perú no tengan sangrita de La Viuda —de una viuda tapatá, no de las de Clicquot. De todos modos, de una manera u otra, llegará un momento en que logres la licenciatura, jamás el doctorado, de auténtico, legítimo charro mecsicano, que es casi como lograr una cierta categoría

de hipócrita bebedor.

(...) Jamás nos pierden las nuevas baratijas, nunca soñamos con la ribera electoral, ni nos asustan los delirios humanófagos. Sabemos que la dirección corresponde a los obreros, el poder total a esta clase. Que dentro de ella se puede asistir al parto de la luz en las tinieblas. Que la insurrección del nacimiento corresponde al proletariado universal.

En la Guerra Popular los abrazo, camaradas.

NGUYEN THI DINH

Bentre, Noviembre, 70

Vietnam del Sur

Las líneas anteriores no pertenecen, obviamente, a un poema, un relato o una tragedia; constituyen el fragmento final de una "Carta a los obreros, campesinos, estudiantes y escritores de esta comarca occidental", escrita por Nguyen Thi Dinh, artista caído en el frente de batalla y claro representante de la decisión y actitud de los creadores vietnamitas que han asumido la ideología y la práctica del proletariado. Los testimonios de la lucha del pueblo vietnamita nos señalan que en la mochila de Nguyen Thi Dinh se encontraron dos relatos inconclusos. En el párrafo de la carta que hemos transcrito se advierte nítidamente que la "decisión y actitud" del escritor vietnamita nace de un profundo conocimiento de la realidad en la que se hallaba inscrito, de las condiciones concretas en que se encontraba su patria y de las características que presentaba la Revolución del pueblo vietnamita. Así pues, para contribuir a la transformación de la realidad bajo la guía del Marxismo-Leninismo, es decir, integrar esta gran verdad universal a la situación particular en que se desarrolla determinada sociedad es indispensable —repetimos lo que hemos dicho en la primera parte de estos apuntes— definir con precisión el carácter de dicha sociedad y de la Revolución que le corresponde. Esto es una obligación para todos los comunistas, los marxista-leninistas, y los escritores que se precien de ser tales no son la excepción. ¿Afirmar esto resulta exagerado? ¿Es que con esto se les pide demasiado? ¿O es que planteando semejante tarea "podemos dividir" a los escritores marxista-leninistas?

El objetivo de estos apuntes ha sido incidir en la necesidad, en la obligación que representa para todos los escritores que aspiramos a servir a la causa de los explotados desde la perspectiva del proletariado,

el conocer cabalmente nuestra realidad. Pensamos que este asunto es materia de preocupación de muchos compañeros escritores y que su discusión rebasa el plano de las elucubraciones teóricas tan gratas a los intelectuales pequeñoburgueses, para situarse en niveles más definidos, concretos. No se trata ya de preguntarse sobre la función del escritor revolucionario, simplemente. Este problema ya ha sido resuelto con brillantez por Lenin y principalmente por el presidente Mao Tse-tung, aunque haya quienes manifiesten que eran otras las condiciones en que estos clásicos del Marxismo dieron respuesta a dicha interrogante. Sabemos muy bien que todos los escritos de los maestros del proletariado mundial, independientemente de que se refieran a una realidad muy particular, constituyen enseñanzas válidas para todas las realidades. No es que estemos por el traslado mecánico de experiencias que se han dado en sociedades diferentes a la nuestra, no; sino que el estudiar con tesón el invalorable legado que son las enseñanzas de los clásicos del Marxismo-Leninismo nos va a servir de guía para resolver favorablemente los problemas particulares que fluyen de las características de la sociedad peruana. Todo lo expuesto no quiere decir que debemos dejar de lado el estudio de aspectos particulares como el Proceso de la Literatura Peruana Contemporánea o las características de la Literatura Proletaria, tema en el que —por citar un caso— están profundizando los compañeros del Grupo Intelectual Primero de Mayo.

Señalamos que es notoria la dispersión de los artistas populares en general y de los escritores en particular —pese a los intentos por superar esta situación— como también es visible la debilidad del desarrollo del Marxismo-Leninismo en el terreno del arte y la literatura. Por otro lado, ya nadie puede negar la agudización cada vez más profunda de la lucha irreconciliable entre explotados y explotadores, lo mismo que la creciente polarización entre estas fuerzas, fenómenos que surgen como producto de la tremenda crisis económica de carácter estructural que atraviesa nuestra sociedad, inherente a la condición semifeudal-neocolonial de ésta. En estas condiciones, está a la orden del día el forjar una alternativa táctica de centralización y unificación de los escritores y artistas populares, de tal manera que el arte y la literatura cumplan con creces el papel que les corresponde como partes insustituibles en el mecanismo de la Revolución en nuestra patria, que en esta etapa asume las características de una Revolución Nacional, Democrática y Popular.

Gravitar galopando
sin lianas sin bosque
audaz a la cadencia
desbordando el alba
tu corazón por avenidas.

Huérfana prometedora ausencia
transhumante
nervadura dispersa
derramada la savia emerge:
la palabra radiante
el gesto labial aleteo
tu golondrina compañía después.

Llegas sin historia
llenando el tiempo
de cosas
marejada distinta
de la que se rompe en olas.

Retornas por un itinerario creativo
tallado a mi costado
disono ladeado faro
retorcida la luz
extravagante en vueltas
rasgando tu nombre en llamaradas
arpado y natal,
cuándo acabarás de volver.
Así. Hoy día.

**Mi cuerpo está de pólvora y prisa
como sombra
que apaga al crepúsculo
enclavado en el tiempo.**

**En mis ojos el sueño es juguete de hielo
reflejando el dolor y la tierra,
es flecha inocente
que no alcanza mi pueblo.**

**Los pensamientos
son bofetadas de invierno;
hay un deseo de escribir rebeldía
buscando siluetas de paz.**

**De pronto pinceladas de luz,
misteriosas canciones de ave
y oleajes de aire
desfilvan desconocidas emociones.**

**Despierto entonces como cristal y calma
los miembros furiosos
se tornan en hilos de lluvia:
todo queda irresoluto.**

BETHOVEN MEDINA SANCHEZ

*El amor es mar enloquecido
en la cuerda de una guitarra
de sirena triste*

En sombras apacibles bajo alas de un árbol llorando mi ser
la soledad de mi habitación con tus ojos humedeciendo la cola del /caballo
la del tiempo tocando la puerta a casas de agua ofrecidas por tus ojos
en el camino deshoja palabras mías construyéndote humo y estatua /sangrando
y la vida es la forma de ofrecerme al camino y sus derivas
estoy en la tierra con el mismo derecho que un árbol tiene para crecer
luego del sueño coger mi cuerpo y decir que existo en otra parte del /futuro
en el vacío para siempre tus manos sujetaron de su cuello a la mañana
a veces me canso de vivir sin clausurar el hambre siempre encendida /choza
el hombre es la manifestación de las plantas que no pudieron ser pájaros
y giro dentro de mí mismo agarrándome de mi corazón paralizado /entre rumores
eres la lluvia irrenunciable destrucción de corolas hasta negar tu cuerpo
miro mi sombra quemándose como un barco en la batalla
sin camisa atravieso campos de golf como sauce cuyas raíces son /lombrices
en tus ojos memoricé la melancolía de pescadores de tus latidos gordos
los humanos tras huellas que el amor ocultó dentro de nosotros en /naufragos
y ese país —la ausencia— huerto donde me acuesto y te imagino rosa y /ciruela
donde mis manos desatan flautas que explotan a los niños inocentes /venados
olas de licores en la distancia hecha hielo me sepultaron como a un avión
quienes explotan deben morir en aserraderos sin lengua ni nombre
mi cuerpo se desgrana al morir los cerezos de los días en ballet
y tengo ganas de salir gritando a calles desabotonadas de la pereza del oso
porque empiezan las nubes a caer como papeles y mi corazón se toma /barro seco
el amor es mar enloquecido en la cuerda de una guitarra de sirena triste

En diciembre nos regalaremos abrazos y saludos
y sonreiremos cambiando de cara a la felicidad
de mi pueblo en las semanas de feria;
comeremos el panetón del año pasado
guardado en el baúl de la abuela,
y deshojaremos acostados nuestras mañanas
como los pájaros deshojan los árboles
para conversar con ellos
y con regalos pasados
vestiremos el árbol santo;
mi hermana colgará su muñeca de trapo, sin zapatos,
con sus manos deshiladas y su vientre destripado,
y mi madre volverá a regalarme el camión;
los vecinos se despiojarán en navidad
y lamerán sus calzones los hijos
(porque es fiesta de niños).
Con la paciencia de sus piernas
los abuelos limpiarán sus partidos anteojos
para perderse en la noche buena
mientras las campanas se despojarán de sus sonidos
regalando a todos los vientos sus saludos
y las emisoras recitarán himnos de paz
hablando de felicidad;
en el portal de la iglesia a media noche
un mendigo se orinará de frío envuelto en sus harapos
y los villancicos escapan de los labios infantiles
en las horas ausentes de mi piel.

Partimos en el silencio de la madrugada,
la noche ocultó sus siluetas y su dulce
cartera roja,
el invierno abrió nuestro antiguo amor,
los brillantes filos del lenguaje nos quedaron
como láminas de una intensidad recóndita.

Ahora caminamos limpios y serenos,
el viento aceraba el cuerpo de quien
canta invitado por el sol.
Amamos el olor de la tierra y lo que pronto
conocimos del mar.

En el sueño de las muchachas
que bajan con sus frentes heridas y deslumbrantes
como el deseo de los pueblos marcados
por el dolor, los solitarios van aprendiendo.

Eso está en el sonido de las ramas,
en el poniente que apacigna la batalla,
lejos del calor de una blusa concreta.

Después nos tendimos y fumamos en secreto
o hablamos para no olvidar los nombres señalados.
Mi rostro había vuelto a ser el mismo
con el trazo agudo de un corazón mortal y fresco,
con las flores que junté para tirar del gatillo
y remover el plumaje de la sangre y la melancolía.

Alguien se desliza silenciosamente a mi lado
en el secreto de la noche más dormida.
Con la tierra que gira, giramos lentamente.
Nos sumergimos en aguas tan dulces, tan densas,
en un océano tan vasto, tan nocturno.

Alguien se desliza por esta casa que mira hacia el invierno
con un rumor apenas perceptible para el dormido,
sin turbar el hondo llamado del que sueña
el tránsito por un universo inexplorado,
en camino a un silencio más enigmático,
esa sombra que oscila entre la penumbra y una lámpara,
como el follaje de los árboles en la noche
que renuevan tu suave piel más próxima al destello.

Detrás de estos muros hay algo que nunca deja de transcurrir,
una propicia soledad para el cauce de la sangre
o bien tu rostro meridional que me cubre y se encuentra con el mío.

Esta es la estancia que me retiene entre sus objetos
y ésta la puerta que guarda mi rostro dormido.

Después de este tiempo,
después de esta casa donde siempre olvido algo
y con ese elemento tan poderoso que es la memoria,
podré retornar a ti
y detenerme de nuevo ante tu puerta invocada
para que se abra silenciosa y secreta a mi requerimiento
y detrás de ella te deslices silenciosamente a mi lado.

Escuchen lentamente americanos:

yo sabía que el pueblo era un torrente tibio
que aún fluía a pesar de vientos y areniscas
y también que los niños por las tardes

llenaban sus cuerpos con maduras espinacas
y aunque no lo crean

soñaba tejido con los pueblos susurrando, apenas,
el aliento de las huelgas

sacudidad de sangre en esos tiempos

y sin saber los pormenores me unía a la "justicia"
cuando la patria era un bosque de flores mutiladas
a estertores por verdes asesinos.

creí que la economía era una larga cadena
tejida de margaritas,

no sabía de los mineros que caían sobre el cobre
a pesar de sus protestas,

ni creí capaz de asesinatos

a ese hombre de uniforme

que desbordaba patriotismo por imágenes y voces;

sí carajo, me faltaba ver, sentir el aliento desgarrado

de aquellos mineros que van muriendo de hambre

en un hospital donde dan a luz esposas de generales,

no los sienten

vestidos de esa palidez hermosa que visita a los luchadores

cuando se resisten a morir, faltándoles el agua de los peces

y la ternura de las coliflores:

mineros nuestros que caminan paulatinamente

encendidos hacia las nieblas,

un aliento sigue la cadencia de sus pechos,

un brazo intenso se agita buscando avenidas,

miles de voces usan del eco de los cuerpos para alzar sus nombres

por encima de árboles humanos y sé que caen violentamente

por los radios que aún insisten en el fútbol;

/emmudecidos

la ciudad es un solo fuego
que va condensar el vapor de hermosas ollas
encima de piedras y parques,
porque la huelga es una huella de violentos profesores
heridos por el sueldo en los ojos de pálidos muchachos,
maestro, tu nombre se hizo un material primario
seguido de pequeños que preguntan con ternura
al torrente de bombas vomitivas,
si es que aún se halla viva la escritura llorando de rabia
después de la tortura eléctrica en los pechos y en el sexo
por sádicos sujetos: abnegados destructores nuestros,
maestros el aire los reclama por las calles
y los parques se devisten de sus hojas
dando fuego al aroma recolectado de mercados,
la fuerza que olvidaron metida en el granizo
se esparce por arena sierra y selva
junto al bulleio de criaturas
que cargan tierra húmeda en el cuerpo
cultivando polen colorado con las manos,
porque los niños son tréboles sin prisa
que crecen variando de tamaño en espera de los fuegos,
se desbordan limpios
fraguando con sus miembros la inocencia de la lucha:
no se atrasan leyendo volantes
que triturar los frágiles sauces de sus pechos
al saber que su maestra es una dulce voz que se recuerde
bañada en lluvia de vocales: ahora por la mañana
desfiguraron su piel a varazos,
los niños por ella lloran, abriendo su cólera
con sus cálidas pupilas sin voz;
será horrible ser reclamado por los que no nacieron
o por los que fueron
y murieron arrancados en los hospitales militares,
sí, será raro sentir hacer agua teniendo al mar lejos;
pues al pueblo por más que lo golpeen con pólvora de bayonetas
será brillante inalcanzable andando en multitud
como un firmamento que resplandece llevando un solo brazo
aprendido de los árboles y el viento.

Si escogemos al azar un texto y, cumplidamente, desenvolvemos cada una de sus líneas, notaremos que la escritura existe en multiplicidad de planos que nuestro fetichismo se empeña en pensar lineal y gráfico. El texto, va estableciendo una serie de circuitos que nosotros, en tanto lectores, absolvemos o deberíamos absolver pasivamente. Pero, llegado un punto, nuestra relación con el texto, con cualquier texto, levanta ante nuestro criterio un horizonte frente al cual toda pasividad perece. Entonces, tomamos conciencia de la gravitación del texto y de la manera cómo nuestro comercio con él se traza en torno a referencia de la realidad concreta que no siempre son una y la misma, que no suelen ser una simplemente. Referencias que, en la mayoría de los casos, tienden a reconstruir la situación de producción textual, pero que, en última instancia, comprometen la situación de las relaciones entre el autor y el azar inagotables de sus lectores.

Un hombre tiene frente a sí una hoja en blanco. Ha ideado, de antemano, un argumento y por su mediación hilvana pacientemente el rostro y las acciones de sus personajes. Convoca ahora a la letra y, durante este acto, se interna en la tensión que el trabajo de ir levantando un mundo ficticio, genera. Aquí, algo que inquietaba a los teóricos. El que escribe se pierde en la ficción y piensa para sí estar escribiendo, produciendo, creando en ese instante. Sin embargo, este acto solitario, esta solidaridad del hombre con el mecanismo de la escritura lo pierde en un espejismo: ¿es la escritura lo que en realidad le interesa? ¿o se está leyendo a sí mismo para entregarse en la escritura que será nuevamente lectura para el otro? ¿cancela este hombre sus raíces con su propia historia y con la Historia, para constituirse en una individualidad escribiente? ¿es la escritura mediación?

La realidad tiene sus niveles de apariencia, tras de los que fluye lo esencial que se transforma. Este hombre no escribe: lee. Este no es un hombre solitario: lo acompaña su lector a quien cifra en el señuelo de su escritura. Este hombre no es un individuo: instituciones, grupos sociales, clases, con su historia, sus ideales, limitaciones y ventajas, se dedican, contradicen o renuevan en el acto que las manifiesta.

Todo relato plantea, ante su situación, opciones que se objetivan en tanto *proyecto*. La mirada interna, que descubre y lee en escritura un modo de aparecer y significar lo existente, estratifica las significaciones textuales en una estructura básica inicial que objetiva y da cuenta de lo que esencialmente ha venido llamándose *intencionalidad*. Por supuesto que esta categoría inasible del análisis, por lo menos hasta donde sabemos, no cancela las significaciones del texto. Avalar tal cosa, implica mecanizar reflejológicamente las relaciones del texto, su contexto y el referente. Implica quedarse en la pretensión de quietud que conlleva la representación contenida en la estructura básica, inmediata al acto de producción textual.

Un texto es un objeto en el que la realidad empieza a existir de una cierta manera y, en cuanto tal, "cae" en un mundo dentro del cual puede ser aprehendido, leído de muy diversos modos. La lectura del texto literario dinamiza las relaciones entre representación y referencia, dando cuenta de la estructura en tanto y en cuanto proyecto, en otras palabras, tensión entre lo representado y la representación. Y esta mirada interpretativa, esta lectura, añade movilidad, plasticidad, temporalidad, historicidad a las significaciones textuales. Desciende al texto de esa pretensión de inmovilismo que la actividad creativa coloca en él.

Pero aquí un acto de justicia: el narrador testimonia a partir del lenguaje de la ficción un modo de aparecer la realidad, le da firmeza, coherencia y trata de asegurar su permanencia en sí; pero, requiere a un lector, y éste inyecta al espacio literario, la historicidad del ámbito del cual proviene; la dialéctica de la realidad se instala en él, a partir de él, en el interior de las significaciones textuales, estratificado de manera siempre diferente los sentidos. Es el texto una imagen que se libera continuamente de lo que dice y sin embargo trata de decir siempre lo mismo.

El tiempo descubre la precariedad y provisionalidad de las intenciones. De ahí que, para la comprensión del sentido de un texto u obra, debamos desconstar de la intencionalidad, manifiesta o no, tal como aconseja un viejo refrán. Sin embargo, si variamos el ángulo del análisis, si nos colocamos en el momento mismo de la producción de un texto, observaremos que las intenciones se jerarquizan, ordenan e inician el control de nuestra escritura, que de esta manera no es más que un intento de recta lectura de tales sentidos. Pero, en este instante debemos seguir obrando con cuidado analítico, dándonos metódicamente. La producción de un texto literario no es una operación abstracta y si bien una cierta intencionalidad consciente puede estar fluyendo durante el acto de lectura-escritura, otros factores establecerán un contacto dinámico con tal intencionalidad. La situación del hecho literario, la naturaleza de aquello que le dio origen, el momento histórico-social, la extracción y la conciencia de la clase, la elección y configuración idiolectal, las opciones estéticas, etc. irrumpirán en el texto —por cierto que no de una manera mecánica— pese a su autor o con la anuencia de éste, dinamizando sentidos que en la mayoría de los casos expedan a todo control totalitario. Y es que los dioses solamente moran en las mitologías.

Desde antiguo, escribir es uno de los modos de la lectura. Cabe preguntar entonces por el lector de un texto. Y aquí, varios deslindes. Los diversos planos de significación textual sugieren y/o solicitan casi siempre lecturas distintas. Una lectura global amplía el radio visual de una lectura presuntamente literaria y nada más que literaria. Una lectura pasiva y consumista que nos lleve por las apacibles praderas del deleite, diverge de aquella otra que nos internalice una angustia o una enajenación, y establezca en nosotros una distancia crítica ante ese orbe. El discernimiento debe hacerse extensivo a las lecturas unidimensional y pluridimensional del texto literario: la una que se entrega al señuelo de la linealidad y la otra que burra en pos de trascender las apariencias. ¿Y una lectura de las lecturas del texto, o, para decirlo en otras palabras, una revisión crítica de las lecturas que se hayan elaborado sobre un texto? Tras el fatique de la letra, pese al empeño de los sacerdotes, hay toda una diversidad de caminos cuya revelación quizá nos lleve al encuentro de la naturaleza de la literatura.

No es éste el lugar para extendernos en la explicación de los asertos. Nos interesa por ahora el sentido que tiene para Camus la persona del lector, su lector, durante el acto de la producción textual. Porque, para él, éste es una sombra perenne, que se hace lugar entre las legibilidades del texto, como un rayo que no cesa en esta primera difícil lectura que es el parto de la letra. ¿Cómo, pues, enoquecernos en la falsa visión de la literatura como formas que condensan estéticas abstractas? ¿Cómo, pues, ignorar la presencia de un lector inminente asediado por la voz del escritor en busca de diálogo?

BOLETIN METEOROLOGICO

Cronwell Jara. Resulta que ahora está en Lima, caminando lleno de poesía y naturaleza: la aurora lo encontró creciendo desde 1951 en Piura. Ha colaborado en diferentes revistas.

Jorge Luis Rosca. De Lima, 1955; hasta hace poco le gustaba pasear serenamente a 300 km. de Lima. Integra el Círculo Artístico Literario La Sin y el Taller de Arte y Literatura 19 de Julio.

Marco Marco. Poeta sencillito de costumbres crepusculares. Le gusta hablar. Soper la curaca en San Marcos.

Aldebrando Pérez. Viaja continuamente haciendo mucha labor; el 78: "con el resto de un hermoso naufragio" abordó acompañado, el premio Casa de las Américas.

Efraín Huerta. Mexicano. Premio Nacional de Poesía. Llegó al mundo en 1944. Vive.

Jorge Norma Chávez. Cajamarca, 1947. Se vino a Lima por el desvío. Lleva a Celenán cuando anda.

Yda Bardales. El tiempo la encontrará haciendo crecer su poesía y sus hijos en los campos de Cajamarca; es Directora de la Escuela Belén.

Francisco Gallardo. Magdalena queda cerca de Cajamarca, de allí llegó con su poesía, atenuando la neblina a cañazo limpio. Es joven.

Berthoven Medina Sánchez. Poeta de Trujillo, llegó a Cajamarca subido en sus 18 años proflíferos. Integra el Grupo Ráfz Cúbica junto con Frantjes y Alcalde; también el Grupo Solabril.

Mansel Alcalde. Joven poeta de Cajamarca, busca a la poesía por las tardes en los ojos de las muchachas.

Roger Sanabárez. Se vino de Piura, desborda poesía y otras cosas. Forma parte del Grupo La Sagrada Familia.

Rolando Córdova. El poema llegó por buenas manos y luce azul. Poeta honesto. Chile es la luz íntima de su voz.

Esteban Quirós Cisneros. Cajamarca lo va desde 1957; la tierra se acostumbró a los ruidos pesos, lleva a su colegio San Ramón en los ojos.

Luis Fernando Vidal. Gusta de las secuencias, linéico, cuentista sereno y amigable; dicen no haberlo visto triste. Duda del clima.

Jesús Díaz Caballero. A simple vista inofensivo. Hace de mecenas. Vivo desde 1957. Recuerda con nostalgia a las tortas y a los compañeros de salón. Se dedica de lleno a la literatura, ¡ahí! es de Cajamarca.